"El Mercantil Valenciano", Valencia, 6 junio 1922)
"El Socialista", 12-VI-1922

CASA MUSEO UNAMUNO

La nacionalización del ejército

Claro está que la cuestión que podríamos llamar Berenguer-Sanjurjo-Riquelme no es una cuestión puramente personal ni mucho menos. En rigor no hay tales cuestiones personales, y cuando se suele hablar de personalismos es para tapar cosas más hondas. Esa cuestión afecta a lo más hondo de la íntima disciplina, del estado moral íntimo del ejército, del que se dice que no debe ser sino el pueblo — o mejor la nación — en armas. La nación armada y no un cuerpo armado al servicio del reino. O más bien de la dinastía.

Entre las muchas cosas que hemos leído referentes a este incidente simbólico y sintomático es que el general Berenguer se negó a aceptar la propuesta del coronel Riquelme de ir en auxilio de los cercados en Monte-Arruit, alegando el mal estado de instrucción de las tropas expedicionarias. Pero creemos que lo que habría era desconfianza de esas tropas forzosas — de forzados — que se envían a Africa y que van allá sin ningún entusiasmo y sin la menor idea de la justificación de la campaña.

En un tiempo, cuando había lo de la redención a metálico, se decía del que ingresaba en filas que iba a servir al rey. Y se le llevaba a las veces a morir y a matar en empresas bélicas que en rigor sólo a tradiciones o a intereses dinásticos respondían. Pero desde que se estableció el servicio militar obligatorio para todos, y en especial desde que los soldados llamados de cuota — los hijos de la clase media — tienen que ir a dar su sangre, se va haciendo preciso nacionalizar las empresas bélicas, mostrar y demostrar que las guerras obedecen a un interés — material o moral — de la nación. Y esta nacionalización del ejército es la que está produciendo sus efectos. El primero que no se le puede llevar al ejército a pelear por causas que ni si apenas conoce.

Pero hay otro aspecto de la nacionalización del ejército. El motín del 1.º de junio de 1917 en Barcelona con la aparición de las Juntas de Defensa militares fué un intento — luégo torcido de su primer propósito—de nacionalizar el ejército, arrancándole a los pésimos efectos del favoritismo. De donde arrancó eso de las recompensas.

La oficialidad se pronunció contra la manera de otorgar las recompensas, porque éstas solían deberse más al favor que a otra cosa. Coronel que no se hiciera presentar en Palacio, con uno u otro pretexto, a dar allí la cabezada, no ascendía al generalato. Y obtenían recompensas los niños bien de la milicia, sobre todo los de probados sentimientos de lealtad dinástica y no precisamente de patriotismo. Y todo ello porque se tiraba a forjar un ejército más dinástico que patriótico, más real que nacional.

He aquí cómo la transformación íntima que aportaba a la milicia la entrada en ella de elementos populares de la clase media, de soldados con alguna instrucción superior y dotados de alguna conciencia cívica y política, coincidió con el anhelo de la oficialidad de sacudir procedimientos de selección antidemocráticos. Y en el primitivo Manifiesto de las Juntas de Defensa militares, el del verano de 1917, se veía ese anhelo de democratización, de nacionalismo.

Vuelve a enconarse el problema en rigor por la cuestión de las recompensas por la guerra de Marruecos. Pero hay que tener en cuenta que son recompensas por una guerra impopular, innacional, antidemocrática, por una guerra en que el soldado sabe que no va a servir a la nación. O por lo menos no sabe que vaya a servirla.

El infortunado González Tablas, por ejemplo, cayó víctima de esa impopularidad de la guerra; ofreció su vida por convencer a otros de que debían también darla. Y es natural que pidan recompensas aquellos de sus compañeros de armas que están luchando en Africa, no contra la morisma, sino contra la impopularidad, contra la innacionalidad de la guerra, los que están exponiendo su vida para llevar adelante un terco empeño del reino, pero no de la nación.

Y todo ello tiene íntima relación con la depuración de las responsabilidades, de todas las responsabilidades, aun las más altas, del desastre de Annual. No se pudo ir en socorro de los de Monte-Arruit porque la guerra no era nacional; pero ¿por qué, entonces, se le hizo avanzar a F. Silvestre a Alhucemas, camino del protectorado sobre Tánger?

Miguel de UNAMUNO.

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS USAL ES